

Tres desafíos sobre el trabajo con varones y/o sobre masculinidades en y desde la Universidad

Daniel Jones y Luciano Fabbri

Este escrito parte de interrogantes, no certezas, con el propósito de trazar desafíos y coordenadas para el campo de las políticas sobre, desde y con las masculinidades. Y especialmente para interperlar a los varones cisgénero.

La formulación de estos interrogantes, que atraviesan la producción académica y la agenda político-programática de las masculinidades, dialoga con las implicancias personales, institucionales y siempre políticas de sus autores. Es decir, con nuestras tensiones, contradicciones y sospechas respecto al campo en el que nos sitúan y situamos, mientras habitamos espacios de investigación, docencia, gestión y activismo en torno a las masculinidades.

Un desafío político-epistemológico

¿Cómo visibilizar el carácter generizado y androcéntrico de la producción de conocimiento y la organización de la enseñanza en la universidad y, a la vez, promover la constitución de un campo de reflexión e investigación específico sobre masculinidades en este ámbito?

En este primer desafío se juega el carácter bifronte del campo de estudios sobre masculinidades en la universidad. Desde un encuadre político y epistemológico feminista, los estudios de masculinidades deben partir de reconocer la naturaleza androcéntrica del conocimiento que se produce y cómo se transmite actualmente en las universidades, al menos en sus versiones predominantes, así como el carácter patriarcal de muchas prácticas que se producen en (y reproducen a) la universidad.

Apoiados en las producciones de Amparo Moreno Sardá (1988), “concebimos al androcentrismo como un orden que se reproduce en las narrativas científicas y en los discursos y prácticas políticas, dando por válidas las formas de conocer y explicar el mundo derivadas de un punto de vista viril ubicado como centro hegemónico” (Fabbri 2019, 1). Las críticas feministas de los discursos científicos ubican al androcentrismo como una modalidad de objetivismo que, a diferencia de la objetividad en tanto asunción intelectualmente honesta de la propia localización y parcialidad, pretende erigirse como universal y desmarcada, borrando las posiciones e implicaciones del sujeto cognoscente. Al decir de Donna Haraway (1995), como la mirada del conquistador, desde todas partes y desde ninguna parte.

Al respecto, Carlos Figari afirma que “uno de los aportes feministas más fértiles al objetivismo científico fue situarlo” (s/f, 1). Situar el carácter generizado del conocimiento científico y de la institución académica supone exponer algunos de los mecanismos a partir de los cuales la masculinidad, en tanto dispositivo de poder que produce y reproduce desigualdades y violencias basadas en género (Fabbri 2021), goza de buena salud en el marco de nuestras universidades.

Tras las huellas de epistemólogas feministas como Sandra Harding (1987), podemos comenzar señalando la sobrerrepresentación de autores varones cis en los programas de estudio y diseños curriculares. El riesgo de aproximarnos a un empirismo ingenuo no debe impedirnos afirmar que la ausencia, o la presencia minoritaria y minorizada, de autoras mujeres y de la diversidad sexo-genérica en los programas universitarios es un indicador de injusticia epistémica.

Los autores varones acumulan sobre sus trayectorias académicas casi todos, si no todos, los privilegios en el marco de las intersecciones entre género, sexualidades, clase, raza y capacidad. Hablamos de varones cisgénero, de clases medias universitarias, generalmente blancos y heterosexuales, adultos y sin discapacidad. Este arquetipo viril, al decir de Moreno Sardá (1986), se presume un sujeto universal, soberano, consciente y objetivo, y cuenta con las armas provistas por el androcentrismo epistémico e institucional para conservar su posición hegemónica invisible.

Ahora bien, este primer desafío no implica solamente situar y exponer a esos otros, autores varones y arquetipos viriles. Por el contrario, y sobre todo al hablar de estudios de y sobre masculinidades desarrollados por investigadores varones cis, conlleva el desafío de situarnos y exponernos a nosotros mismos y a las posiciones desde donde conocemos y enunciamos. Además, debe acarrear el ejercicio de una fuerte reflexividad crítica sobre cómo nuestra posición generizada influye en las relaciones de producción de conocimiento de las que somos parte y en sus resultados, incluyendo los riesgos de violencias epistémicas y extractivismo académico sobre nuestros sujetos de estudio.

Si bien la mirada androcéntrica no es propiedad exclusiva de los sujetos socializados en la masculinidad, considerando las perspectivas materialistas sobre el lazo generizado entre sujeto cognoscente, posición de género vivida y producción de conocimiento (Thiers-Vidal 2015), se hace evidente que la apuesta epistemológica y política del desprendimiento androcéntrico (Fabbri 2019) presenta otras complejidades y desafíos para los varones cisgénero. Básicamente, porque desprenderse del androcentrismo, en nuestro caso, es algo así como desprenderse de uno mismo.

Incomodar la masculinidad como dispositivo de producción de jerarquía no puede acabar en un simple ejercicio de reflexión epistemológica. Tenemos el desafío de que la difracción de esta mirada dirija nuestro foco crítico hacia otras relaciones de poder y reproducción de privilegios en el ámbito universitario. Algunos ejemplos posibles que derivan de este desafío:

Los modelos valorados de ejercicio de la docencia y la distribución jerárquica y generizada de las actividades en las cátedras: ¿quién y cómo da la clase teórica expositiva magistral?, ¿qué valor se asigna a dinámicas más propias de la educación popular?, ¿quiénes hacen las tareas más prácticas, como responder los mails y corregir los trabajos prácticos, y cuánto se valoran esas actividades casi invisibles? Todo esto en el contexto de una división sexual del trabajo intra-cátedra y de la distribución generizada de cargos dentro del sistema universitario, que tendencialmente refleja cómo a medida que se sube en la pirámide docente se masculiniza su ocupación.

Las grillas de evaluación en los concursos docentes y en las convocatorias de proyectos de investigación, cuando se considera la producción escrita de los últimos años sin contemplar, por ejemplo, si hubo embarazos y nacimientos, soslayando la desigual distribución de los trabajos de cuidado que, probadamente, influyen desfavorablemente en las trayectorias laborales y profesionales de las mujeres gestantes.

Un desafío político-institucional

¿Cómo plantear un trabajo específico con varones y/o sobre masculinidades desde la universidad y, a la vez, evitar el separatismo, la endogamia y cierta auto-referencialidad a la que ha tendido este campo?

Por un lado, el trabajo con varones en la universidad puede tener muchos objetivos y diferentes grupos destinatarios, por lo que la etiqueta “masculinidades” suele operar como un paraguas. Esta diversidad de objetivos puede exigir dinámicas muy diferentes entre sí. Enumeramos sólo un par:

La toma de conciencia sobre la condición generizada de los varones: no somos el universal sin marca, sino que hemos funcionado como el parámetro invisible pero omnipresente de medida y comparación; en suma, tenemos tanto género como las mujeres. También, la conciencia sobre los privilegios que usufructuamos, queramos o no, por ser identificados como varones, el dividendo patriarcal del que habla Raewyn Connell.

La diversidad de formas posibles de ser varón, las jerarquías entre varones y la posibilidad de cambiar, partiendo de una decisión que también es política, nuestra forma de serlo; es decir, el carácter no inexorable, no inmutable de nuestra masculinidad, que no es, ni tiene por qué ser, mera repetición.

La multiplicidad de corporalidades, identidades y expresiones sexo-genéricas que se posicionan como masculinas más allá de los varones cisgénero en su diversidad. Las masculinidades trans, lésbicas y no binarias existen e insisten con que la masculinidad no es una propiedad de los varones cis.

Por otro lado, como advertimos, existe el riesgo de que el trabajo específico con varones o sobre masculinidades desde la universidad devenga en cierta endogamia de este campo, que nos haga perder de vista el horizonte política y epistemológicamente deseable de una concepción feminista y relacional del género. En términos históricos, cuando los estudios de masculinidades, a poco de su surgimiento, comenzaron a despegarse de la matriz feminista en la que se habían iniciado, la interrogación por las relaciones de género como formas de poder y dominación fue desplazada por la pregunta identitaria, como señala Azpiazu (2017). Este desplazamiento desde un enfoque relacional de poder a uno autocentrado en la identidad masculina guarda estrecha relación con “el segundo riesgo que enfrentan los escritos de hombres pro-feministas”, señalado por Mara Viveros al referirse a una “retórica de los costos y dolores masculinos” limitados a “una perspectiva únicamente subjetiva, sin identificar con claridad las dimensiones sociales de este malestar identitario que pueden experimentar los hombres no conformes a la norma” (Viveros, 2021, 19).

Si los estudios de masculinidades en las universidades argentinas, y el trabajo con varones en éstas y otras organizaciones, en el afán de conseguir “un cuarto propio”, toman distancia de una agenda política y una conceptualización feministas, corremos varios riesgos. Entre ellos sólo vamos a advertir la potencial pérdida de observar el cuadro completo de las relaciones de género y ejercer una capacidad (auto)crítica, lo que nos lleva al último desafío.

Un desafío político-programático

¿Cómo trabajar el carácter relacional del género para abordar integralmente la violencias de género? ¿Cómo y dónde integrar a los varones (sobre todo, a los cis-heterosexuales) en las propuestas de abordajes a la violencias de género, en roles distintos al de victimarios potenciales o efectivos?

Detengámonos a pensar si lo único que puede hacer la universidad es promover la toma de conciencia individual de los varones, de modo que opere una suerte de auto-vigilancia para no ejercer violencia de género, y eventualmente castigar y/o acompañar terapéuticamente a los varones denunciados por haberla ejercido. Esto, por ejemplo, mediante los protocolos y

dispositivos que han ido desarrollándose en las universidades. O si los varones, sobre todo los cis-hétero, tenemos algún otro rol en el abordaje de las violencias de género.

Creemos que pensar a (y trabajar con) los varones dentro de las tramas de la violencia de género exclusivamente como victimarios es un límite político e institucional a revisar. ¿Cómo y dónde podría la universidad involucrar a los varones en el abordaje de las violencias de género? Por ejemplo, ¿qué podrían hacer entre pares varones para desactivar tramas de complicidad y para prevenir potenciales actos de violencia de distinta gravedad?

Esto supone desafíos concretos, como bien saben quienes llevan adelante iniciativas en el campo de la violencia de género. ¿Hay espacios de capacitación en prevención de la violencia de género que puedan ser mixtos, o es conveniente diseñar espacios separados pero con objetivos convergentes? ¿Qué roles no podrían jugar los varones? Algunas colegas nos decían que ser la primera escucha de las denuncias de violencia de género en el marco de la universidad. ¿Qué aprendizajes sobre la prevención y el acompañamiento ante situaciones de violencia se podrían ver enriquecidos en instancias de diálogo y formación mixtos? Y sobre todo, ¿cuáles son los objetivos políticos-programáticos que deberían priorizarse a la hora de definir las estrategias más efectivas, en lugar de perseverar en otras que, evaluación mediante, podrían mostrarse no tan efectivas? En relación con la violencia de género, ¿estamos condenados a actuar ex post facto?

Un trabajo sobre varones y masculinidades despegado de un encuadre feminista puede constituirse en una experiencia auto-celebratoria avalada por una institución aún prestigiosa, como las universidades nacionales en Argentina, pero inocua políticamente en términos de transformación de la realidad social e institucional y, lo que es más peligroso, un juego de suma cero en cuanto a las necesidades de otros grupos desfavorecidos, como las mujeres y las disidencias sexuales. Deberíamos pensar si un abordaje de la violencia de género, que se supone integral, no pierde la posibilidad de innovar en la búsqueda de respuestas para desmontar las dinámicas masculinas, patriarcales y machistas que justifican y encubren las violencias de género al ubicar a los varones exclusivamente en el rol de victimarios o potenciales victimarios.

Referencias citadas

- Azpiazu Carballo, Jokin. 2017. *Masculinidades y Feminismo*. Barcelona: Editorial Virus.
- Fabbri, Luciano. 2021. *La masculinidad incomodada*. Rosario: UNR Editora y Homo Sapiens.
- Fabbri, Luciano. 2019. *La co-producción de narrativas feministas como método-proceso para el desprendimiento androcéntrico*. Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- Figari, Carlos. Sf. "Conocimiento situado y técnicas amorosas de la ciencia. Tópicos de epistemología crítica." *Cinta de Moebio, Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, https://epistemologiascriticas.files.wordpress.com/2011/05/figari_conoc-situado.pdf
- Monetti, Elda Margarita. 2020. "La cátedra: una forma de organización de la función docente universitaria". *Praxis educativa* 24, 2: 1-11.
- Moreno Sardá, Amparo. 1986. *El arquetipo viril protagonista de la historia. Ejercicios de lectura crítica no androcéntrica*. Barcelona: Edicions de les Dones.
- Haraway, Donna. 1995. *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Harding, Sandra. 1987. "Is There a Feminist Method?" en *Feminism and Methodology*. Bloomington: Indiana University Press.
- Thiérs-Vidal, Leo. 2015 [2010]. Del "Enemigo principal" a los principales enemigos. *Posición vivida, subjetividad y conciencia masculina de dominación* [Traducción de Garzonio, Sandra] París: L'Harmattan.
- Viveros Vigoya, Mara. 2021 . "Prefacio". En *La masculinidad incomodada*, compilado por Luciano Fabbri, 17-21. Rosario: UNR Editora y Homo Sapiens.